
IV

EL FARO

(Cerca de Marplatina. En el centro el faro, en cuyas gradas aparecen sentados Flora y D. Valentín. A la derecha edificio de planta baja con cobertizo, la mesa de la merienda, y alrededor algunos personajes, que charlan. En el fondo el mar. Tarde gris.)

PERSONAJES

FLORA.	GRAZIELLA.
MISIA LORETO.	EDELMIRA.
D. NAVIGIO.	ROMULO.
D. GABINO ASNABAL.	GABINITO.
ERNESTINA.	D. VALENTÍN.
AIDA.	

ESCENA PRIMERA

FLORA. — D. VALENTÍN

D. VALENTÍN *(rasgueando suavemente el bordón de la guitarra que tiene en la mano).*
¿Está usted cansada, Florita? no es para menos: subir treinta metros de escalera después de un viaje en carruaje bastante pesadito, y de una merienda tan suculenta,

tan espléndida, como la que su papá de usted nos ha brindado... Razón le sobra á misia Loreto en no querer subir. ¿Y para qué? para ver agua y horizonte. Yo confieso que me mareo. Las grandes alturas marean, Florita, á los que no tenemos la cabeza firme. ¿Se ha mareado usted?

FLORA.—Algo. Me duele la cabeza.

D. VALENTÍN.—Fuera la guitarra entonces... (*la deja sobre las gradas*).

FLORA.—¿Por qué? si no me molesta. Al contrario. Crea usted que he oído con mucho gusto sus *Tristes recuerdos*... (*suspirando*); ¿quién no tiene un bien perdido que llorar?... Toca usted muy bien, Casusito; con sentimiento.

D. VALENTÍN (*muy hueco*).—Es favor... Sus elogios, Florita, como procedentes de persona cultísima y delicada, que yo aprecio en lo mucho que vale, me conmueven y colman de satisfacción. Gracias, Florita... Pues yo toco de afición, nada más; no sé lo que es una fusa ni una corchea; pero el oído me basta, y en mis ratos desocupados,

que son bastantes, me entretengo sin hacer daño á nadie. La pobre Teles..., mi sirvienta, una vieja sentimental..., se muere la pobre Teles por oirme. Ella es la primera que aplaude mis composiciones. Porque cuanto ustedes me han oído, lo mismo los *Tristes recuerdos* que el vals lento, y aquello que empieza... (*coge la guitarra y rasguea de nuevo*), todo es mío, absolutamente original.

FLORA.—Ya lo sé. Lástima que no se dedicara usted á la música. Ha errado usted su vocación.

D. VALENTÍN.—Desgraciadamente no hay error por mi parte. Me conozco, y estoy seguro que la hubiera dejado á lo mejor... Me falta carácter, constancia... Defectos nacionales, Florita.

FLORA.—Malo, malo. ¡Cuántos brillantes talentos no conocemos, abortados por falta de eso mismo, la perseverancia, vestal que cuida del fuego sacro y no deja que se extinga!

D. VALENTÍN.—Muchos, innumerables...

Pero la perseverancia es una virtud que no todos poseen, y sin ella no hay artista... En fin, que no estaría yo destinado á emular á Beethoven ó á Donizetti... ¿Toca usted algo, Florita?

FLORA.—¿Yo? tocaba el piano... cuando era joven. Ahora dice mamá que no toco más que el violón.

D. VALENTÍN (*galantemente*).—¡Cuando era joven, es decir, el año pasado! Está usted de malísimo humor, ya se conoce... No lo traía usted así en el coche ni en la mesa, que bien que se reía de los mugidos de papá Asnabal... Y se la conoce, porque lo descarga contra sí misma, mostrando hasta en esto su bondad, pues los demás lo desahogamos caritativamente contra el prójimo.

FLORA (*distráida*).—Esta mañana ha caído, por casualidad, en mis manos una revista norteamericana... Estaba yo en el salón de lectura, esperando que bajara mamá... Poseo bien el inglés, y no lo digo por vanidad, sino para explicarle cómo pude enterarme de aquel artículo, ¡qué artículo!, á

propósito de la educación de la mujer... ¡Y qué mujeres aquellas, Casuso!

D. VALENTÍN.—Ya, ya... Con los pies así (*haciendo la acción de medir*) y las manos así... Marimachos con faldamenta.

FLORA (*animándose*).—Mujeres completas, con sangre, con músculos, con cerebro, con voluntad, no hechas de puro nervio, como nosotras, y adornadas con un corazón monstruoso de jalea... Mujeres que piensan, que obran, no esclavas ayer del padre, hoy del marido, del hijo mañana, sometidas desde el nacer, cuando no á la tiranía, á la tutela del hombre, tutela eterna y humillante; educadas para ser libres y saber valerse por sí mismas, no en el arte de atraer y cautivar al hombre, su protector, su dueño... ¡Ay, Casusito, qué bueno es poder decir: esta mano es mía y hago de ella lo que quiero!

D. VALENTÍN.—Pues aquí hemos entrado por el aro de esas reformas que tanto gusto le dan á usted, Florita: tenemos médicas, y en el comercio son muchísi-

mas las que se ganan su pan sin necesidad de pedírselo á hombre ninguno, bueno ni malo.

FLORA.—Excepciones que no alteran la regla general, reducidas á determinada clase, gotas de agua... y si no (*más animada*), sea usted franco: ¿qué diría usted si me pusiera yo... por ejemplo, es un suponer, de telefonista?

D. VALENTÍN (*asombrado*).—¡Qué barbaridad! ¿qué había de decir? que estaba usted loca de remate.

FLORA (*tristemente*).—¿Ve usted? pues en los Estados Unidos á nadie le llamaría la atención.

D. VALENTÍN (*con calor*).—Observe usted, Florita, de qué clase de persona se trata. Usted descendería de su rango social... Y esto escandalizaría más que si se metiera usted en un convento.

FLORA.—El trabajo es también una religión.

D. VALENTÍN.—Sí lo será; pero asimismo no estaría bien la señorita de Soto de tele-

fonista, y apenas estaría mal de monja. Quizá cuestión de costumbre... Por mi parte, confieso que no tengo vocación para esa religión que usted encomia. He nacido para vivir en grande, y si he de vivir estrechamente, ¿qué me importa de la vida? El vestir y el rodearse de gente distinguida son para mí necesidades primordiales; me agrada comer bien, mas esto lo coloco en segundo término: lo indispensable es lo exterior, lo que influye en el juicio y en el concepto ajenos. La pobreza es desnudez que hay que cubrir por pudor, por decoro social...

FLORA (*con amargura*).—Sí, sosteniéndose en un pelo y sudar, sufrir por que el pelo no se rompa. Esa vocación que á usted le falta, yo la siento... y crea usted, Casuso, que muy hondo. Antes pensaba lo mismo que usted: pensaba que sin las fiestas, el lujo y las riquezas, me moriría de pena; hoy no: ¿por qué? la luz se hace dentro de uno á lo mejor, y á esto llaman la gracia de Dios... ¿Qué hay?

D. VALENTÍN.—Es misia Loreto que se

rie... Pues yo no bajo ni á tres tirones; de un pelo me agarro, y si se rompe me romperé la crisma; ¡mejor! todo antes de sujetarme á la mecánica del trabajo, más tirano que todos los hombres.

FLORA (*resignada*).—Bueno; puesto que las costumbres, como usted dice, lo imponen, buscaremos el señor y dueño que la suerte me guarda. Sin él no tengo derecho á la vida.

D. VALENTÍN (*con intención*).—¡Buscarle, cuando ya le tiene!

FLORA (*alarmada*).—¿Yo? ¿está usted de broma?

D. VALENTÍN.—De broma es cuanto ha dicho usted, en su afición á las paradojas y al exotismo yanki.

Yo me permito aconsejarle, Florita, que abandone esa clase de lecturas... La mujer es para el hombre, y para la mujer el hombre... Dispense usted la perogrullada. No tiene salida este círculo de hierro. Así está hecho desde Adán y Eva, y seguirá así hasta la última pareja humana... Una per-

sona tan ilustrada como usted no puede pensar de otro modo.

FLORA (*con energía*).—Pienso que es triste cosa que sin el hombre no podamos las mujeres vivir, sobre todo las mujeres de mi categoría. Y por qué lo pienso, yo lo sé... No nos entendemos, Casusito. Doblemos la hoja, que la porfía nos llevaría muy lejos, y conste que callo muchas razones y argumentos que le convencerían á usted, empedernido vividor (*sonriendo*), y no tome usted á mal la palabrita.

D. VALENTÍN.—Diga usted lo que se la ocurra, que no hemos de reñir. No es la primera vez que discutimos acerca del hombre y de la mujer, de la sociedad y de otros temas vulgares, pero eternamente interesantes. ¿Se acuerda usted de nuestras disputas del año pasado? pero el año pasado no era usted tan intransigente y radical como ahora.

FLORA (*pensativa*).—¿Cree usted en los sueños, Casuso?... ¡Viera usted lo que soñé anoche! soñé que estaba acostada en una

cuna, y yo, aunque crecida como soy, ca-
bía dentro como si fuera una niña; tenía
puesta una gorra muy rizada, un babero
con puntillas y unas mantillas muy largas;
en fin, que era yo una nena de pecho... ¡ah!
detalle importante: el cuerpo todo lo sentía
fajado de tal manera, que no podía me-
nearme; total, que parecía yo un pequeño
fardo sin movimiento.

D. VALENTÍN (*burlón*).—¡Ajó, nenita!

FLORA (*animándose, risueña*).—Y siguen
los disparates. Fíjese usted... ¿Ha visto us-
ted estos relojes que por un cristal muestran
la maquinaria y todas las ruedecitas, los
pinchitos, los dientecitos? pues, á lo mejor
que estaba yo pensando (porque aunque
niña pensaba como mujer), pensando qué
sería aquello y en virtud de qué conjuro ha-
bía vuelto á la infancia, entra en la habita-
ción que sé yo que sér extraño que traía
cabeza y brazos de persona, y como perso-
na vestía de la cintura abajo, pero el tron-
co figuraba una caja de cristal, al través de
la que se distinguía claramente el funcio-

namiento de los órganos: no tenía corazón,
y á mí me hizo el efecto de un reloj sin pé-
ndulo, y me preguntaba cómo diablos funcio-
naban los demás órganos sin corazón.
Bueno. Tan pronto como entró el fantas-
ma, rompí yo á llorar desesperadamente...
Me sentí levantar de la cuna, estrechar
contra el frío cristal de la horrible caja y
arrebatar de la habitación: ligada de bra-
zos y piernas como estaba, muda, porque
no sabía hablar, no podía valerme; asimis-
mo, tanto lloré (el derecho de llorar es
el único que nos conceden á las mujeres),
que el maldito aquél me acercó su cara de
mala persona y me dijo para tranquilizar-
me:—¡Soy la Sociedad!—Y ¡zás! me soltó y
dejó caer en una sima... no sé, en un preci-
picio... Caía como una piedra, y no acaba-
ba de dar en el fondo... ¡Qué angustia! an-
tes de llegar me desperté, molida, cubier-
ta de sudor...

D. VALENTÍN (*sentenciosamente*).— Los
sueños, sueños son, dijo el otro, y razón le
sobraba. Muchas veces he soñado yo que me

había tocado la lotería... pues ¡nada!; otras, que le faltaba una manga á mi *smoking* ó se manchó de aceite tal pantalón de mi gusto... y ¡mentira! ni verdad, ni significado, ni anuncio siquiera de cosa alguna. Buscarle sentido á los sueños es dar cuerda á una caja de música descompuesta: son los pensamientos y las impresiones del día, revueltos y sonando, como las notas inarmónicas de una canción, á tontas y á locas. Anoche se acostó usted demasiado temprano, comió poco, no quiso ir á jugar al *chalet* de Sangil... Una noche tan hermosa, tibiecita, de luna llena, é hizo muy mal; yo, su amigo, se lo digo.

FLORA.—¿Vuelta á las andadas?

D. VALENTÍN (*con misterio*).—Ida y vuelta, como en los trenes de recreo... Nada de bromas, Florita. Yo sé de una persona que mientras usted estaba en su cuna con su gorra de puntillas y su babero, viendo visiones, iba por la costa iluminada echando pestes...

FLORA (*con interés*).—¿Qué persona era esa de tan mal genio?

D. VALENTÍN (*bajando la voz*).—Una persona que la estima á usted mucho.

FLORA (*agitada*).—¿Está aquí?

D. VALENTÍN.—Aquí está.

FLORA (*conteniendo apenas la emoción*).—¿Su nombre?

D. VALENTÍN.—Se llama... (*la habla al oído*).

FLORA (*confusa y desorientada*).—No puede ser... Casuso, usted se equivoca, usted cambia los frenos, sin duda. Esa persona jamás se fijó en mí ni me dijo palabra... Es moro que anda por otras costas iluminadas por el sol de la hermosura y del dinero. Por estas costas que la luna alumbra tristemente no se ha acercado nunca más que en son de amistad. Créalo usted, Casuso.

D. VALENTÍN (*incrédulo*).—¿A mí con disimulos?

FLORA.—A usted y á todo el mundo con la verdad pura. ¿De dónde saca usted que fuera tan disgustado anoche ese caballero por culpa mía?

D. VALENTÍN (*con terquedad*).—Tengo

mis razones para pensarlo, razones muy serias...

FLORA (*fingiendo alegría*).—¡Bah! Usted ha soñado, Casusito, como yo con mi fantasma de cristal... ¡Qué disparate!

D. VALENTÍN (*observándola atentamente*).—Que no me fio... que no me fio... Y además, ¿qué habría de particular?

FLORA.—De particular, nada... pero (*suspirando*) no hay tal cosa. Nada, que se ha equivocado usted, Casusito, de medio á medio.

D. VALENTÍN.—¿Equivocarme yo? Difícil me parece. ¿Qué hacemos todos en la temporada sino ocuparnos en averiguar si la menganita con el fulanita...? El juego de los *compromisos*, como decimos por acá, con agravio de la intención y del lenguaje, es muy divertido, y por cierto que no queda señorita *comprometida* ó por *comprometer*, que yo no lo sepa el primero.

FLORA.—Pues, esta vez su centro de informaciones ha perdido el crédito. ¡Cambie

usted de rumbo, Casusito, y adelante con la pesquisa!

D. VALENTÍN (*risueño*).—¡Picarona..., reservadota..., mala amiga!... ¿Qué? (*escuchando*) ¿me llaman? ¿no ha oído usted? ¡Casuso! ¡Casuso!

FLORA.—Sí, es en la torre. Parece la voz de Ernestina.

D. VALENTÍN (*fuerte*).—Allá voy... (*se levanta, saluda, coge la guitarra y desaparece por la puerta de la torre*).

ESCENA II

FLORA

FLORA (*cavilosa*).—¡No puede ser..., imposible! ¡sueños de Casuso! ¡disparates de Casuso! ¡mentiras de Casuso!... Jamás me ha dicho nada, ni con olor de galantería siquiera, porque su fatuidad lo pide todo para sí. Es de esos hombres que creen muy serios que todas las mujeres se derriten sólo de verlos... Tiene la cabeza hueca y el cuerpo de corcho. Ese, adonde va, va por algo,